

Los Libros

ESPAÑA Y EUROPA, de José Ferrater Mora, por *Juan Uribe Echevarría*

He aquí una pluma nueva ensayándose en el estrujado tema de la esencia española, de su continuada y bochornosa decadencia política y económica, de sus periódicas y alternadas etapas de éxito y fracaso en la vida espiritual europea.

El «problema» español ha sido desde antiguo la piedra de toque, la determinante del pensamiento trascendental de los mejores ingenios de la península.

Ya Gracián, se dolía de la falta de espíritu práctico de sus coetáneos.

«España está hoy del mismo modo que Dios la creó, sin haberla mejorado en cosa sus moradores».

«Si España no hubiera tenido los desagaderos de Flandes ni las sangrías de Italia, ni los sumideros de Francia, ni las sanguijuelas de Génova, ¿no estuvieran hoy todas sus ciudades enladrilladas de oro y muradas de plata?». (Gracián: *El Criticón*).

Contemporáneo de Gracián, otro español de alcurnia, particularmente viajado, Diego Saavedra Fajardo, propone algunas medidas europeas y progresistas en su «Idea de un Príncipe Político Cristiano representada en cien empresas».

«Falta la cultura de los campos, el ejercicio de las artes mecánicas, el trato y comercio a que no se aplica esta nación». «Si en España hubiera sido menos pródiga la guerra y más

económica la paz se hubiera levantado con el dominio universal del mundo».

El siglo XVIII abunda en críticos en todo el orbe europeo y muchas veces se dejan oír en España con el fin de evitar que su descenso e inactualidad sean mayores. Jovellanos, el Padre Feijoo y Cadalso en sus «Cartas Marruecas» se aplican a la tarea de señalar los vicios y sacudir las mejores conciencias de su época.

«España, desde el fin de 1500, es como una casa grande que ha sido magnífica y sólida; pero que por el decurso del tiempo, se va cayendo y cogiendo debajo a sus habitantes».

«Desde el siglo XVI hemos perdido los españoles el terreno que algunas otras naciones han adelantado en ciencias y artes». (Cadalso, «Cartas Marruecas»).

Llegamos al siglo XIX y bajo las banderas románticas, el trémolo se hace funeral con Mariano José de Larra.

«Juguete hace años de la intriga extranjera, nuestro suelo es el campo de batalla de los demás pueblos; aquí vienen los principios encontrados a darse combate: desde Bonaparte, desde Trafalgar, la España es el Bois de Boulogne de los desafíos europeos. La Inglaterra, el gran cetáceo, el coloso de la mar necesitó medir sus fuerzas con el grande hombre, con el coloso de la tierra y exclamaron: nos falta terreno, ¿dónde reñiremos? y se citaron para España. Ventilada la cuestión, aniquilado el vencido, acudieron los amigos del vencedor y reclamaron la parte del despojo. El huésped que había prestado su casa para la acerba entrevista, ¿reclamó siquiera el premio de su cooperación?; y ¿qué le quedó? Lo que puede quedarle al campo de batalla: los cadáveres, el espectáculo de los buitres, y un letreiro encima: «Aquí fué la riña». En Norte hubo de desenvainar la espada de Waterloo y la alzó contra el principio democrático el credo de la Santa Alianza. Pero ¿dónde pelearemos? se dijeron. Nuestras campañas son fértiles, nuestros pueblos están llenos; ¿dónde hay un palenque vacío para la disputa? y

también se citaron en España. Pero esta vez no hubo necesidad de combate; los buitres se citaron por el rumor de la próxima pelea, vinieron, y no pudiendo repartirse los muertos, se repartieron los vivos...».

La trayectoria de todos los escritores ya citados fué, con diferencias de épocas y de escuelas literarias, una y la misma: europeizar a España, ponerla a tono con la marcha de los tiempos. Interesarla en los afanes europeos en los problemas de cada siglo.

A fines del siglo XIX Angel Ganivet, plantea por primera vez el viejo asunto en términos distintos. España ha sido como ha debido ser, y pobre de ella si cambia, que, por suerte, no cambiará. Ganivet «el africanista» afirma la realidad española. No le interesan las comparaciones.

«España es una nación absurda y metafísicamente imposible, y el absurdo es su nervio y su principal sostén. Su cordura será la señal de su acabamiento».

Larra, Ganivet y la desgracia de Cuba comprometen a toda la generación de 1898. El «problema» de España es analizado y estudiado en todos sus aspectos posibles. Dos pensadores de alta jerarquía, Unamuno y Ortega y Gasset marcan rumbos dispares y determinan los dos caminos, las dos posiciones fundamentales de sus contemporáneos.

Ortega continúa la línea de Gracián, Saavedra Fajardo, Cadalso y Larra. Hacer más y no sólo soñar con lo ya realizado. Superar el ritmo árabe de la historia española: relámpagos de actividad y prolongado descanso. Pero Ortega, europeo ante la realidad de su patria, propone, en cambio, soluciones españolas al resto de Europa. Y en este aspecto de su obra no ha sido estudiado. Basta releer su «Tema de nuestro tiempo» y «Pidiendo un Goethe desde dentro», para constatar hasta qué punto el discutido filósofo español, tan europeo dentro de España, opera fuera de ella como un hispanizante. Frente a él y a su joven y numeroso equipo de la Revista de Occidente,

Unamuno encuadrado dentro de los límites geográficos y universales de la Península, pensó por unos y otros y dió origen a los tipos del tradicionalismo español contemporáneo: el de José Bergamín y el opuesto de Ramiro de Maeztú.

En «España y Europa» de Ferrater Mora, encontramos mucho de lo que ya se sabía al respecto, elaborado en un estilo breve y silogístico, y con algunos puntos de vista que vienen a ser como la continuación del largo disertar de los maestros en el tema. El libro tiene, por de pronto, un valor de vulgarización y limpia síntesis de lo ya anotado.

Ferrater Mora acepta la irracionalidad española (Cervantes); el culto español por lo absurdo (Quevedo); el disparate ibérico (Bergamín) y prolonga y lleva todo esto a sus últimas consecuencias.

Buena parte de las mejores sugerencias de su obra encuentran su origen en «El tema de nuestro tiempo» de Ortega y Gasset, con la diferencia que en la obra de Ortega. España es considerada como país europeo y participante en todas las excelencias y defectos de tal condición. Ferrater también acepta en ciertas crisis históricas la condición europea de España pero en cambio atribuye a ésta una conducta histórica cultural que Ortega hace privativa de los orientales.

«El oriental, habituado a no separar la cultura de la vida por haber exigido siempre a aquélla que sea vital, ve en la conducta de Occidente una radical, omnímoda hipocresía y no puede reprimir al contacto con lo europeo un sentimiento de desprecio». (El tema de nuestro tiempo).

Esta es la reacción típica que Ferrater advierte a lo largo y lo hondo de toda la historia de España, y el hacerse presente en todas las crisis europeas exigiendo un puesto, si no el más difícil, el más desinteresado de la lucha. Pero el autor que nos ocupa va más allá y dibuja un perfil de lo español no por exagerado, menos atrayente. Este puede prescindir de su historia; algo más, le es ajena, puede incluso vivir contra y a pesar de

ella. La Nación y Estado pertenecen en España «a realidades ajenas y sobrepuestas que pueden existir o no existir sin que se pierda lo más mínimo de lo esencial de España».

«España y Europa» es con su escaso volumen material uno de esos libros comprimidos, fuertes, pensado palabra a palabra y que arrastra a la reflexión y a la polémica. Y esto no es poco decir en una época de inflación de la letra impresa.—
JUAN URIBE ECHEVARRÍA,



LOS EGOÍSTAS, por *Luis Merino Reyes*

Seis cuentos componen el volumen de «Los Egoístas». Todos ellos, seguramente, están basados en hechos verídicos, porque los detalles psicológicos y el ambiente mismo en que actúan, parecen recogidos de la vida ciudadana, por ejemplo: El simple, La Señorita, etc.

Los tipos que presenta Merino Reyes, están bien diseñados. Son hombres o mujeres, ya actuando pacíficamente en la vida ordinaria, o en lucha contra el mundo que los rodea. Cada uno determinado por su labor, o por el sentimiento. Hay una variedad de aspectos emotivos en «Los Egoístas», que sería fácil encontrar entre la gente a quien damos la mano. Todos los personajes de «Los Egoístas», o en su mayoría los principales, se limitan solamente a vivir para sí mismos, no existe la bondad, el desinterés, la lealtad. Obran llevados por sus inclinaciones, sean hacia los goces íntimos, si es el amor; o hacia el beneficio personal, si es en el aspecto económico. Viven, y están atentos únicamente a su propia situación. Es el egoísmo lo que prima en estos personajes. El egoísmo que se presenta millares de veces cada día en el ambiente en que vivimos, y que desgraciadamente se deja pasar con ojos resignados, pero que en el fondo se revuelve el desengaño y la irritación como